

Quirino Weber, sj

Pedro Arrupe
Un Jesuita Universal

Caracas

2007

CAMINAR CON IGNACIO

La temperatura espiritual este siglo oscila entre la *espiritualidad* y la *santidad*. La santidad está en baja pues ser santo es un desafío muy grande para los hombres y mujeres de este siglo. El camino de la santidad exige empeño y perseverancia por toda la vida, una fidelidad a los principios de la fe vividos diariamente. Al mismo tiempo, la santidad presenta modelos que se colocan por encima de la fragilidad humana de nuestro tiempo, marcado por el subjetivismo y la satisfacción inmediata de todos los deseos y necesidades.

Las manifestaciones de *espiritualidad* están en alta. Los diversos métodos de oración se inspiran en la tradición de diferentes iglesias, en las místicas de pueblos orientales y en las ofertas de religiosidades originadas de las culturas antiguas o tradiciones primigenias de algunos pueblos. Es la espiritualidad que quiere satisfacer los deseos y las angustias momentáneas de la persona.

La busca de la santidad conseguida a través de un camino espiritual está presente en la historia de la humanidad. La llamada del infinito y la realización plena nunca salió del horizonte humano. Caminos diversos trillados por muchas personas están a la disposición, entre ellos la **Espiritualidad Ignaciana**.

Ignacio de Loyola (1491-1556) hizo una experiencia marcante. Su itinerario está relatado en la *Autobiografía*. La experiencia espiritual de Ignacio sirve de modelo para quien quiera vivir una espiritualidad encarnada en la vida. Los Ejercicios Espirituales, escritos a partir de su propia experiencia, son un método, un camino de vida y un desafío constante de crecimiento humano y cristiano.

La experiencia de oración basada en los Ejercicios Espirituales lleva a un estilo de vida. La manera clara y discernida de posicionarse ante la propia vida personal, las otras personas, y los acontecimientos, tan radicales como la salud, las cosas materiales, la vida larga o breve, caracteriza la Espiritualidad Ignaciana. El método no termina después de una decisión importante, sino que es un proceso constante a través de la oración y de la evaluación de la vida e imprime en la persona el anhelo de comprometerse con lo que más se aproxima al proyecto de Dios. La búsqueda de la voluntad de Dios en todas las circunstancias, forma parte del itinerario al interior de la espiritualidad vivida y propuesta por Ignacio.

Hombres y mujeres buscan el encuentro con Dios y quieren permanecer fieles toda la vida. El deseo de infinito y del encuentro amoroso y pleno con Dios está presente en el corazón humano. Ignacio dijo que, después de su experiencia personal con Dios, empezó a ver el mundo con ojos nuevos. Si las personas hacen la verdadera experiencia de encuentro con Dios, del encuentro con la Santísima Trinidad, el mundo empieza a ser visto con ojos nuevos. La tierra entera, con todas las criaturas, es un himno de alabanza y gratitud a Dios que puede ser encontrado en la naturaleza, en el hombre y en los acontecimientos. El amor experimentado en el encuentro con Dios capacita a cada persona para amar y servir a Dios en todas las cosas.

La experiencia de Dios no se cierra en un mundo subjetivista, que se satisface con los deseos y las necesidades inmediatas, sino que se abre a las grandes necesidades y problemas del mundo, de la Iglesia y de las personas, sin pasar por encima de las necesidades y situaciones que exigen servicio y solución inmediata.

La *Colección CAMINAR CON IGNACIO*¹ presenta la historia de hombres y mujeres que vivieron la Espiritualidad Ignaciana con fidelidad a Dios, abiertos a la realidad de su tiempo. Son, por eso, un ejemplo concreto de que la santidad no está reservada a algunas personas privilegiadas, al contrario, está al alcance de aquéllos que no se dejan ofuscar por el brillo del momento, sino que buscan en el horizonte de la fe una posibilidad de vivir la vida como servicio a Dios y a los hombres.

Comisión de Espiritualidad de los Jesuitas del Sur de Brasil

¹ Colección de los jesuitas brasileños.

CAMINAR CON ARRUPE

La persona está siempre en camino. El camino humano viene de lejos y va para lejos. Dice un refrán popular: “se hace camino al andar”. Esto vale para transformar el camino en vida. El camino ya existe antes y continuará existiendo después de nosotros. San Ignacio de Loyola y el P. Pedro Arrupe peregrinaron...

Hay muchos caminos en el pasado y en el presente. Pero no todos van en la misma dirección, porque no buscan los mismos objetivos. Hay caminos más fáciles. Hay caminos más difíciles. Hay caminos de otros, están nuestros caminos, están mis caminos. Descubro el camino de los padres, de los maestros, de líderes, de Santos y de genios. Unos me fascinan. Otros no me agradan. Unos me cuestionan. Otros no comprendo. Si miro adelante, contemplo metas y objetivos de vida familiar, de estudios, de servicios, de muchas realizaciones personales.

Dios siempre pone “profetas y profetisas” en el camino de nuestra vida que nos despiertan y ayudan a caminar el camino que Dios soñó para nosotros. Ignacio de Loyola y Pedro Arrupe descubrieron, asumieron y peregrinaron por el Camino de Jesucristo. Por eso, dejaron otros caminos y caminaron, con plena libertad y responsabilidad, el Camino del Evangelio como su Camino permanente.

Ignacio de Loyola hizo una marcante experiencia de caminante... de peregrino de la fe (cf. Autobiografía o Relato del Peregrino). Hasta los 26 años siguió caminos descarriados. Herido y convaleciente, levantó los ojos y “vio” en el pasado profetas como S. Domingo y S. Francisco de Asís. Y decidió que seguiría el camino de ellos, viviendo y haciendo lo que ellos vivieron y realizaron. Miró hacia atrás y hacia delante y “vio a” Jesucristo que lo invitaba a tomar otros caminos en dirección a otros objetivos: ir a Jerusalén y “ayudar a las almas”. Ignacio y Arrupe aprendieron de muchos “profetas” a caminar.

Después de su experiencia personal con Dios, Ignacio empezó a ver el mundo con ojos nuevos. Con los ojos del Padre que creó todas las cosas por amor. Con los ojos del Hijo que se hizo hombre, pasó por la tierra haciendo el bien. Con los ojos del Espíritu Santo que recuerda siempre las palabras y las acciones de Jesús. E Ignacio sistematizó su experiencia de fe en los Ejercicios Espirituales para ayudar a muchos a continuar la misma pedagogía espiritual en el seguimiento de Jesucristo.

Colocamos en tus manos “el camino” de un jesuita del siglo 20, que “vio a” Jesucristo, y “vio a” San Ignacio y “vio” la humanidad. Pedro Arrupe “cristificó” su vida según el camino de Jesucristo, en la Compañía de Jesús. Acompaña el camino de Pedro Arrupe en estas páginas. El ejemplo de este jesuita puede ayudarte a “ver” tu pasado, vivir tu presente y tomar decisiones más profundas y existenciales para tu porvenir. Es importante caminar siempre, pero con los ojos y el corazón abiertos para Jesús, Camino, Verdad y Vida. Y, caminando con Jesús, hacer de la vida un verdadero servicio para todos los hombres.

P. Quirino Weber, S.J.

1. LA FAMILIA

Pedro Arrupe nació el día 14 de noviembre de 1907, en el llamado Casco Viejo de la ciudad de Bilbao, en España. En la misma tierra vasca nacerá, en 1491, Iñigo de Loyola, el Fundador de la Compañía de Jesús (jesuitas) y, durante 16 años (1540-1556), su 1^{er} Superior General. Pedro Arrupe, 28^o. Superior General durante 18 años (1965-1983), falleció el día 5 de febrero de 1991, 500 años después del nacimiento de Iñigo de Loyola.

El arquitecto y periodista Marcelino Arrupe, padre de Pedro, fundó la *Gaceta del Norte*, uno de los primeros Diarios Católicos de España. La madre, Dolores Gondra, totalmente dedicada al hogar y a la educación humano-cristiana de Pedro y de sus cuatro hermanas, falleció en 1916. Pedro escribe: ***“Tenía ocho años de edad. El sol de agosto brillaba intensamente en las calles de Bilbao. Nuestra casa, herméticamente cerrada, presentaba un aspecto ¡tan triste! En una de las salas ardían seis velas alrededor de una cama. El padre y los cinco hijos, arrodillados, rezábamos el rosario delante del cuerpo, aún caliente. Era nuestra última reunión de familia... Después mi padre me susurró al oído: “Perico, perdiste una santa madre.” Y, apuntando para la imagen de la Virgen de Begoña, añadió: “¡Mira! Allí tienes ahora tu madre, aún más santa e inmortal.”*** (Lamet, Pedro Miguel sj, *Arrupe, una explosión en la Iglesia*, p.33 s). Pedro heredó de sus padres una profunda vivencia de fe y una auténtica práctica cristiana, al igual que el gusto por la belleza y el don de la palabra.

2. LOS ESTUDIOS

Del 1^o de octubre de 1914 hasta 1922, Pedro cursó los años básicos de su vida estudiantil en el Colegio de los Escolapios de Bilbao. Un compañero de clase recuerda: *Pedrito era muy alegre, muy abierto y excelente alumno... Nos gustaba mucho el fútbol* (Lamet p.35). Los boletines de notas, que aún existen, muestran que Pedro estaba dotado de excepcionales cualidades intelectuales. Su hermana María confirma que las calificaciones eran casi todas óptimas. Pero también sabía pasar vacaciones con sus hermanas en las playas vascas.

El día 29 de marzo de 1918, Pedro entró en la Congregación Mariana de S. Estanislao de Kostka (los Kostkas), dirigida por el P. Ángel Basterra SJ, entonces famoso educador de la juventud. El P. Ángel fue el primer jesuita con quien Pedro tuvo contacto. En 1923, Pedro empezó a colaborar en la revista de la Congregación, llamada *Flores y Frutos*. En el número de marzo de 1923, Pedro escribe sobre S. Francisco Javier, uno de los primeros compañeros de San Ignacio de Loyola y misionero en Japón, destacando el corazón tierno y animoso de Javier. Y concluye: ***Ojalá alguien tenga el mismo corazón... ¡y pueda hacer tanto bien como él hizo!*** (Lamet p.37). Aquí Pedro empezó a revelar y a cultivar el don de la palabra, hablada y escrita, que lo distinguirá por el resto de su vida.

En el mismo año 1923, Pedro comenzó los estudios de Medicina, en la Facultad de San Carlos, en Madrid. Él mismo registra los desafíos que el cambio de lugar y de ambiente le lanzó: ***Experimenté la nueva emoción de quien se ve, de repente, arrancado del santuario de una familia cristianamente austera y echado en los vértigos sin freno de una vida juvenil, en una gran ciudad*** (Arrupe, Pedro, *Este Japón Increíble...*, p.7). Desde

el inicio de los estudios en la Facultad de Medicina, Pedro se distinguía por su aplicación y capacidad intelectual.

Durante los estudios de medicina, Pedro se asoció, con otros varios compañeros, a la Conferencia de San Vicente de Paúl. Pero afirma: *No sé bien por qué motivaciones*. Pero, junto a los pobres, descubrió un nuevo mundo: *Asiduamente, sin faltar un día siquiera, cuando nos tocaba la vez, íbamos visitando esas pobres familias que habían caído en la miseria... me encontré con el terrible dolor de la miseria y del abandono. Viudas, cargadas de hijos, pedían pan, y no había quien las atendiese. Enfermos mendigaban la caridad de una medicina, sin que algún samaritano la consiguiese. Y, sobretodo, niños, muchos niños abandonados, maltratados, apenas vestidos, hambrientos* (op.cit. p.8). La Divina Providencia preparaba el futuro misionero, el incansable batallador por la Fe y por la Justicia.

En 1926 falleció su padre, Marcelino: *Un día triste, que siempre voy a recordar con el más profundo dolor. Fueron momentos de sollozante angustia, solamente mitigada por la dulce caricia de la fe* (op.cit. p.13). Pasados los días de luto, Pedro y sus cuatro hermanas resolvieron hacer una peregrinación a Lourdes, en Francia, *donde pudieran pasar, sin molestias, el primer verano sin la compañía del padre* (ibid.). Lourdes fue un paso hacia lo desconocido, escribe Pedro más tarde. Fue con cierta curiosidad e idealismo: *¿Qué voy a encontrar allá?* En la “Oficina de las Constataciones milagrosas” en Lourdes, Pedro sintió vivamente el contraste entre los milagros comprobados y las afirmaciones jocosas de algunos maestros de la Facultad de Medicina, llamándolos *las supersticiones de Lourdes*. En Lourdes obtuvo, como estudiante de medicina, una licencia especial para acompañar de cerca a muchos enfermos que buscaban su curación a los pies de la Virgen Inmaculada. Más tarde recuerda tres milagros que lo impresionaron hondamente. *Debo reconocer que esos tres milagros, por mí personalmente verificados, me impresionaron profundamente. Después de cursar la medicina en el ambiente de la Universidad hostil a la religión, en la cual los maestros, en nombre de la ciencia, como afirmaban, tejían violentas críticas a lo sobrenatural, me encontré, tres veces, con Dios, a través de un triple milagro* (op.cit. p.17 s). Podemos leer en la experiencia de Lourdes un hecho providencial más que preparaba al futuro misionero del Reino, como profeta de fe inquebrantable.

3. LA VOCACIÓN

La vocación a la Vida Religiosa y al Sacerdocio en la Compañía de Jesús fue surgiendo y madurando lentamente, a partir de sus experiencias en la familia, en la Universidad, en el contacto con los pobres de Madrid, en Lourdes. *Dios, a quien sentía tan cerca de mí, en sus milagros, irresistiblemente me atrajo a sí. Y lo descubrí tan cerca de los que sufren, de los que lloran, de los que naufragan, en esta vida de exclusión, que se encendió en mí el ardiente deseo de imitarlo en esta voluntaria proximidad de los desamparados del mundo, personas que la sociedad desprecia, porque ni siquiera sospecha que hay un alma vibrando debajo de tanto dolor* (cit. Lamet P. 59 s).

Compañeros, estudiantes de medicina, fueron descubriendo que Pedro estaba pensando en ser jesuita. Comentaban que, en aquel año, él no recibiría las quinientas pesetas que tocaban al mejor estudiante de medicina. *Cuando volví a Madrid, los libros se*

me caían de las manos. Aquellas clases, aquellas experiencias, que antes me entusiasman, me parecían ahora tan vacías... (Lamet P. 61). El día 25 de enero de 1927 Pedro Arrupe ingresó al Noviciado de la Compañía de Jesús, en Loyola, tierra natal de Iñigo. El doctor Juan Negrín, uno de los mejores maestros de la Universidad, notando la ausencia de su mejor alumno, preguntó en la sala de clase: *Hace días que no veo a Arrupe. ¿Será qué este muchacho va a abandonar los estudios? Sería el mayor error de su vida* (Lamet p.49). Tiempos después el mismo doctor y profesor Negrín visitaba a Arrupe en el Noviciado y le confiaba: *A pesar de todo, tú me caes muy simpático*. Y, en esa ocasión, se abrazaron el futuro Presidente de la República, proclamada el día 14 abril de 1931, y el futuro General de la Compañía de Jesús (Diakonia Julio-Septiembre 2001, p.7).

Para Pedro fue durísimo dejar a sus cuatro hermanas, sin padre ni madre. Pero ellas no se oponían a su entrada al Noviciado, aun cuando el sacrificio de la separación y del futuro sostén de la familia fuese casi heroico. ***Sacrificio y generosidad que nunca sabré agradecer suficientemente*** (op.cit. p.19). Él mismo confiesa que, a pesar de la certeza interior de su vocación, fue enorme el sacrificio de dejar a sus hermanas y la carrera de médico. ***No es una lucha que se libra en nombre del deber, sino en nombre de la generosidad. ¡Pero qué duro es ser generoso, cuando entran en cuestión todos los lazos de sangre!*** (op.cit. P. 19).

4. LA FORMACIÓN EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Después del Noviciado, Pedro Arrupe se sumergió en el estudio de las lenguas y literaturas llamadas clásicas, de Grecia y de Roma. Durante un retiro anual de ocho días, Pedro sintió, de forma clara, el “destello” de su vocación misionera y, concretamente, para Japón. ***Para mí no era un sueño juvenil, ni un mero antojo de la voluntad. Para mí era muy claro***. Pedro compartió su descubrimiento con el orientador del retiro. Éste, como todos los orientadores de los sucesivos retiros anuales, animó el joven jesuita a llevar adelante lo que experimentaba en lo íntimo del corazón: ser misionero en Japón. Pero, durante los largos años de formación para el sacerdocio, los Superiores y los acontecimientos de la vida parecían indicar otro rumbo, un rumbo que él llama “anti-japonés”.

Así, a través de una carta dirigida al Superior General en Roma, se ofreció para ir a Japón cuanto antes y allá completar su formación. Pero, en la respuesta, el General ni siquiera hizo alusión a su pedido, que había motivado la carta.

Iniciado apenas los estudios de Filosofía en Oña, Burgos, España, en 1932, un decreto gubernamental republicano, hizo caer la monarquía en España. El nuevo gobierno republicano también disolvió la Compañía de Jesús en todo el territorio español. Arrupe, con sus compañeros, salió exilado para Marneffe, Bélgica, donde continuó su formación jesuítica. Escribe: ***Fue el inicio de mi éxodo. Era el primer paso de mi formación misionera*** (op.cit. .p.21).

¿Y la Teología? Arrupe deseaba mucho ir a Japón. Pero los superiores lo enviaron para Valkenburg, Holanda. Allá fue alumno del entonces célebre maestro de Teología Moral, P. Francisco Hürth, bajo cuya orientación Pedro dedicaba una atención especial a la Moral Médica. En los años de Teología mantuvo contactos con el Provincial de Alemania

Inferior, que fundara y sostenía la Misión Japonesa: contactos providenciales para el futuro misionero, como él reconoce más tarde.

Ya antes de terminar el tercer año de Teología, Pedro Arrupe fue enviado a representar la ciencia médica española en un gran Congreso Internacional de Eugenesia, que se realizó en Viena, Austria. Dio dos conferencias con gran aceptación de los congresistas. Por eso, el Provincial se convenció todavía más de que Arrupe debía especializarse y actuar en el campo de la Moral Médica. Y decidió mandarlo a Estados Unidos, donde tendría más condiciones para los estudios en el campo de la medicina, de la moral y de la psicoterapia (cfr. op.cit. p. 22). Parecía más un camino “anti-japonés”.

El día 30 de julio de 1936 fue ordenado sacerdote, en la Compañía de Jesús, en Marneffe, Bélgica. En septiembre del mismo año viajó a Estados Unidos. Más tarde el P. Arrupe reconoce, agradecido, los caminos providenciales de España a Bélgica, Alemania, Holanda y Estados Unidos. Caminos que lo dispusieron para la futura misión en Japón, pues lo capacitaron en el manejo de varios idiomas y en la experiencia intercultural e internacional.

5. EN ESTADOS UNIDOS

En los Estados Unidos, el joven Padre Arrupe creó y mantuvo largos contactos con el Padre Moore, famoso maestro de Moral en la Universidad de Washington, más tarde Cartujo en Miraflores. Del Padre Moore, especialista en Moral Médica, el Padre Arrupe recibió mucho incentivo y material de investigación.

En agosto de 1937, un tanto cansado por los estudios, el Padre Arrupe fue enviado al sur de Estados Unidos, a fin de cambiar los aires y ejercer el apostolado entre los numerosos inmigrantes mexicanos. Surgió entonces la oportunidad de hacer un viaje por México, invitado por el Rector del Seminario de Montezuma, P. Martínez Silva SJ (op.cit. p. 23). En esa época recrudecían, en México, las persecuciones religiosas. Por eso viajaban sin ningún distintivo que los pudiese identificar como curas o como jesuitas. En la ciudad de Morelia, Arrupe visitó un colegio-prisión, donde unos 500 niños españoles, niños y niñas, vivían confinados en extrema miseria. Sus padres habían sido eliminados por los revolucionarios comunistas (op.cit. p. 25). El Padre Arrupe procuró llevar una buena palabra a aquellos niños sufridos, sin identificarse como cura ni como jesuita, apenas como antiguo alumno del gran maestro Juan Negrín. En esta experiencia, el Padre Arrupe descubrió, posteriormente, un camino más de la Providencia, enriqueciéndolo por el contacto con el sufrimiento de inocentes.

Sumergido en sus estudios de especialización, vino, inesperadamente, la orden de hacer la Tercera Probación en Cleveland, bajo la orientación del Instructor P. Mc Mennany. Era el año 1938, cuando ya resonaban en Europa los preludios de la segunda guerra mundial. Aquel año, el Padre Instructor fue elegido para participar, en Roma, de la Congregación de Procuradores. El P. Arrupe aprovechó la oportunidad para pedir al P. Mc Mennany que de viva voz intercediese ante el Padre General, para ser finalmente enviado como misionero al Japón. Los misioneros “ad gentes” recibían la misión del Superior General. Su pedido fue escuchado.

Muchas veces reflexioné sobre el proceso histórico de mi vocación al Japón. No fue una línea recta. Hubo oposiciones, dificultades, órdenes determinantes en sentido

contrario, otras expectativas. Y todo eso, precisamente, porque Dios me quería aquí, en Japón (op.cit. p. 31). Así escribe el P. Arrupe, 13 años después de aquel feliz día en que recibió la carta del General destinándolo para la Misión Japonesa. Sólo entonces el P. Arrupe descubrió y agradeció los caminos de la Providencia, que parecían tortuosos, pero que fueron providenciales para poder asumir la difícil Misión en el Extremo Oriente. Aprendió idiomas para comunicarse mejor, profundizó las complejas cuestiones de la Teología Moral, adquirió experiencias internacionales en culturas muy diferentes de su cultura católica vasca. Con eso se volvió un jesuita abierto y preparado para el diálogo con la cultura oriental y con el mundo de la modernidad. Se convirtió en un “hombre universal”, realmente “hombre para los demás”, como quería que fuesen todos los jesuitas. Los conocimientos de medicina harían de él el médico que más vidas salvó con ocasión de la explosión de la primera bomba atómica, lanzada sobre Hiroshima el día 6 de agosto de 1945.

6. LAS MOTIVACIONES DE LA VOCACIÓN

Ser misionero en Japón no era un idealismo quimérico e infantil. Leyendo las historias heroicas de misioneros, alguien podría dejarse arrastrar por la aventura de lo nuevo y hasta de lo heroico. Un joven podría querer escribir una página épica que le granjease admiración. Existe el peligro de sentirse un Don Quijote de lo desconocido, con toda su poesía cervantina, en vez de un misionero desconocido, con toda la prosa de ese desconocimiento (op.cit. p. 32). Sin embargo, no se deben condenar los ideales juveniles, cuando tienen fundamento sólido. Una juventud sin ideales ya está muerta antes de nacer (ibid.).

Tres motivaciones existen muchas veces en la cabeza y en el corazón de los misioneros: en las Misiones hay más trabajo y más almas para salvar; es un apostolado para la Mayor Gloria de Dios; es una vida más sacrificada. El P. Arrupe confiesa que no eran éstas sus motivaciones misioneras. No tuvieron el menor peso en su decisión misionera, a pesar de haber reflexionado y meditado esas mismas razones. *Mi único motivo misionero fue la Voluntad de Dios. Sentía que me llamaba al Japón y por eso quise venir acá... Porque, ascéticamente, es cierto que ninguna vocación es grande por el único fin al que se consagra, sino porque esa motivación de entregarse, quizá des forma hasta heroica, está cimentada en la base incommovible de la voluntad de Dios. La mayor “vocación”, sin la aprobación de Dios, no es vocación; es latrocinio. La más humilde vocación, con la bendición de Dios, no es mezquindad; es soberanía* (op.cit. p. 33).

7. EL VIAJE A JAPÓN

El día 30 de junio de 1938, el P. Arrupe terminó la Tercera Probación. Los preparativos del viaje a Japón tardaron dos meses. Durante ese tiempo, el P. Arrupe no se quedó inactivo apostólicamente. Había en Nueva York mucha gente, sobretodo de lengua española, buscando ávidamente instrucción y orientación. El P. Arrupe comenzó con conferencias dirigidas a gente de cultura más elevada, con la cual podría tratar temas más urgentes de la Moral Médica. Mientras discurría sobre los temas bajo el punto de vista de la ciencia, encontraba aceptación y hasta aplausos. Pero cuando entraba en asuntos

relacionados con la fe y la moral cristianas, se acababan las “amistades” y se enfriaba el entusiasmo.

Fue entonces que empezó a dedicarse a una nueva experiencia apostólica con los presos. En una sola cárcel de Nueva York había más de 500 presos de origen español, viviendo en total abandono espiritual. A las cuatro de la mañana el P. Arrupe celebraba la misa en casa y después se dirigía a la cárcel. Al principio todos lo miraban con desconfianza. Los presos, en su mayoría, eran asesinos. El P. Arrupe confiesa que sentía miedo e inseguridad. ¿Por dónde y cómo comenzar los contactos con los presos? Comenzaría con contactos individuales. El carcelero le dio la lista de los presos, y él escogió al azar el preso n° 279. El propio carcelero se asustó y alertó al padre que se trataba de un preso de alta peligrosidad. El padre no titubeó: enfrentó al criminal. Nervioso, el P. Arrupe entró en la celda y, estando frente a frente con el preso, recuperó enseguida la serenidad, después de hacer una rápida invocación al Corazón de Jesús. Son cosas de Dios. Ya en la primera conversación consiguió una gran apertura de parte del preso. Lo mismo ocurrió con otros muchos. El P. Arrupe iba cautivándoles la simpatía. Todo culminó en un homenaje al padre: cantos acompañados al son de algunos instrumentos. Pedro Arrupe, conmovido, decidió responder también con cantos. Cuando terminó todos lo aplaudieron entusiasmados. *Era la expresión de mi triunfo total, en toda línea. Desde aquel momento nunca más percibí una mirada de hostilidad o de enfrentamiento. Me querían bien y me recibían con los brazos abiertos* (op.cit. p. 43). Y concluye: *Una vez más me convencí que no hay mejor sermón que el de la caridad y que el cariño es capaz de arrancar lágrimas de las propias piedras* (p. 42). La despedida de los presos fue muy dolorosa por ambas partes. *Quizá porque vi en ellos más sufrimientos que en otras partes, sentí más la despedida, porque junto al dolor parece estar siempre el lugar del sacerdote* (p. 44). Caminos de la Providencia.

El día 30 de septiembre de 1938, el P. Arrupe embarcó en Seattle rumbo a Japón; en una bella mañana de 15 de octubre del mismo año, el barco atracó en el puerto de Yokohama, en la bahía de Tokio. El P. Arrupe recuerda: *¡Dios mío! ¡Qué emoción sentí entonces! Con una fuerza interior que me ahogaba, se precipitó sobre aquel instante de vida todo el peso de mis 10 años de sueños y anhelos. Sí, 10 años pidiendo ser enviado al Japón; y, finalmente, ¡anclado en sus costas! Sentí la terrible debilidad de las grandes emociones y lloré. Apoyado en la barandilla del combés del barco, fijaba mis ojos en las primeras casas japonesas y las grabé de forma imborrable en mi alma. Y recé mucho con pocas palabras. Todo lo ofrecí a Dios con generosidad, pidiendo que fuese definitivo e irrevocable todo lo que en ese momento dejaba atrás. Supliqué al Señor que mantuviese siempre vivo el sagrado fuego de aquéllos primeros momentos que me hacían sentirme fuerte para todos los sacrificios y para todos los heroísmos... Antes morir que ser infiel. Porque también la muerte es apostolado. La tibieza del misionero es la ruina del cristianismo* (op.cit. p. 44s).

8. APRENDIENDO JAPONÉS

Fueron seis meses de “noche oscura”, sumergido únicamente en el estudio del idioma, de la escritura y de la cultura del pueblo japonés, en la comunidad de los jesuitas de Nagatsuka. En aquel tiempo vivían en la comunidad los estudiantes de filosofía y teología,

juntamente con los Novicios. Fue una monotonía casi opresiva. La primera constatación del joven misionero fue que el pueblo japonés es muy diferente de los pueblos europeos y americanos. Las costumbres y hasta los buenos modales de la nueva patria eran, al principio, chocantes: dormir y sentarse en el suelo sobre los *tatami*, sin camas ni sillas, sacar el calzado al entrar en la casa, no dar la mano sino hacer inclinaciones para saludar o recibir a alguien.

Después de los primeros seis meses, habiendo adquirido apenas algunos conocimientos rudimentarios del idioma y de la cultura, el P. Arrupe fue transferido a Tokio, para formar parte de una comunidad encargada de una obra social, un *Settlement*, como era llamado. El director era el P. Alois Michel. Allí hacía algunos contactos, daba breves y titubeantes conferencias, continuando con ahínco el estudio de la lengua. Hacía pequeñas “chapuzas pastorales”, breves “incursiones” de apostolado, como hacer la recomendación de alguno fallecido o visitar algunas familias. Y a través de las familias fue consiguiendo su primera realización misionera concreta. Sobre todo cuando decidió hacer la consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús.

9. YAMAGUCHI

Después de año y medio, el P. Arrupe fue enviado a Yamaguchi, al sur de Japón, para comenzar allí un trabajo más permanente, como párroco. S. Francisco Xavier había estado en Yamaguchi, lo cual dio mucho ánimo al joven párroco. En la primera mitad del siglo 16, después de la ciudad imperial de Kyoto, era Yamaguchi la segunda ciudad de Japón; en el siglo 20 su población no pasaba de 30.000 habitantes.

El P. Arrupe estaba solo en la parroquia, sin un compañero jesuita. El primer domingo después de la llegada quiso hacer su presentación a los fieles de la parroquia. Vinieron siete señoras mayores: primer chasco. Necesitó mucha fe y ánimo para quedarse en su puesto misionero. Sin embargo Pedro Arrupe nunca fue ni será un jesuita que desista de sus opciones. Con creatividad fue enfrentando la situación de forma positiva. Organizó conferencias sobre S. Francisco Xavier, el personaje histórico que es orgullo de Yamaguchi. Planificó y ejecutó una “solemne procesión al estilo occidental”, para llamar la atención de los habitantes de la ciudad y animar a los pocos católicos que había en Yamaguchi. Cedió el espacio de la pequeña iglesia parroquial para que el pueblo pudiese allí acompañar un programa de radio-gimnástica, emitido desde Tokio para todo el país. La radio-gimnástica era una programación imperial de cuño nacionalista. A la misma hora, en todo el país, el pueblo hacía su gimnasia matinal al sonido de ritmos musicales. Y al final seguía una breve exhortación: todo el pueblo debe agradecer al *Kamisama*, al Emperador, por los beneficios recibidos. Con la cesión del espacio, el P. Arrupe se conquistó la simpatía del alcalde y del pueblo de Yamaguchi. Otras iniciativas para atraer a las personas: reunió pequeños grupos de cuatro a seis personas para introducirlos en la dinámica del retiro de S. Ignacio. Programó conciertos de músicas occidentales, que fueron muy apreciados, con buena frecuencia de público, llegando a reunir 1.500 personas.

Sin embargo las conversiones a la fe católica eran poquísimas. Los pocos frutos de sus esfuerzos fueron, para el párroco, motivo de preocupación. En su creatividad hizo otras pequeñas incursiones. Resolvió comenzar con encuentros y charlas individuales. Hizo una exposición de arte sacro. Dio conferencias sobre la medicina. Aun así los resultados eran,

numéricamente, casi insignificantes. En un encuentro con sus compañeros misioneros españoles, el P. Arrupe propuso la consagración de la misión al Sagrado Corazón de Jesús. Escribe: *En la misteriosa lucha por la conquista de las almas, como que palpábamos nuestra propia imposibilidad. Solamente en Dios podíamos esperar. Por eso, con fe redoblada, consagramos a Dios nuestros esfuerzos de sembradores. Ya lo habíamos hecho millares de veces individualmente. Decidimos un día hacer la consagración todos juntos* (op.cit. p. 116). Elaboraron una larga oración consacratoria, que se puede encontrar en el libro “Este Japón Increíble”, p. 117. Dios les oyó, pero, para las limitaciones humanas, de forma incomprensible. *La respuesta de Dios fue, para mí, la cárcel, y el exilio para el P. González Gil* (id. p. 118).

10. PRESO COMO ESPÍA

Había estallado la segunda guerra mundial. La flota japonesa había realizado el histórico ataque a la flota americana en Pearl Harbour. Durante varias semanas venía a conversar con el P. Arrupe un señor muy educado, aparentemente interesado en la religión. Con mucha aplicación anotaba todo lo que el P. Arrupe decía. El día 8 de diciembre de 1941 tres policías japoneses (*Kenpei*) vinieron a registrar la casa parroquial de Yamaguchi. Resultado: se llevaron preso al P. Arrupe como espía y lo detuvieron durante 33 días, sin que él supiese por qué razón. Después de algunos días en la prisión, comenzaron los interrogatorios a partir de las anotaciones que aquel policía educado había escrito. Entonces el P. Arrupe cayó en la cuenta que se trataba de un *Kenpei* disfrazado de catecúmeno. En las anotaciones había muchas acusaciones contra el misionero católico, que se estaría aprovechando de la religión para fines políticos de espionaje. Ante la serenidad y el buen comportamiento de ese preso singular, hasta los guardias empezaron a interesarse por cuestiones de filosofía y teología: *Yo les daba el contenido de nuestra teología y ellos, con sus palabras y expresiones, me daban la forma que corresponde al sentido. Y aquel esfuerzo trabajoso, en el cual buscábamos adecuar continentes y contenidos para llegar al mayor grado de comprensión mutua posible, se fue convirtiendo en auténtica amistad* (op.cit. p. 125).

La noche de Navidad del año 1941, el P. Arrupe estaba solo en la prisión, sin poder celebrar el nacimiento de Jesús con su pequeña comunidad. Pero ¡qué sorpresa! A una hora ya avanzada de la noche, un grupo de fieles católicos hizo “una rápida serenata navideña” en las inmediaciones de la cárcel para mostrar que estaban con el párroco. A los pocos minutos, *ellos se fueron también, y me quedé solo. Pero nuestros corazones quedaron unidos ante el Portal del Niño que, casi dos mil años antes, había nacido en Belén, como gesto de desafío contra toda acomodación y egoísmo* (op.cit. p. 126). El P. Arrupe aún tuvo que someterse a un interrogatorio final que duró 37 horas, antes de ser liberado. *Fui un preso común. No me trataron bien ni mal: era un preso entre tantos otros. La misma suerte corrieron, por aquellos días, muchos cientos de japoneses* (op.cit. p.132).

Cuántas cosas aprendí durante este período: la sabiduría del silencio, el diálogo interior con el huésped de mi alma. Creo que fue el período más aleccionador de mi vida. Después de muchos años, ya en Roma, habiendo sufrido una trombosis, el P. Arrupe, recordando aquel período repetía muchas veces: *¡Qué bonito! ¡Qué bonito!* E insistía que aquella soledad con Cristo se había constituido, para él, una especie de profunda

experiencia mística. *No había nada en mi celda. Yo a solas con Cristo.* Y sus ojos se llenaban de lágrimas (Lamet p. 157 s).

11. MAESTRO DE NOVICIOS

En marzo de 1942, el P. Arrupe fue nombrado Maestro de Novicios. El noviciado quedaba en Nagatsuka, a seis kilómetros de Hiroshima. Era un grande y nuevo desafío: formar para la vida consagrada, en la Compañía de Jesús, jóvenes provenientes de una cultura muy diferente de la cultura greco-romana de occidente. Pedro Arrupe trató aún más intensamente de penetrar en la vida, en la cultura y en el alma (*kimochi*) japonesa, dedicando para ello tiempo, estudio y contactos, los más variados. Intentó practicar varios dô (camino, modos de actuar y de reaccionar), como la ceremonia del té, el arte de escribir, tiro al blanco (disparo de arco), bajo la orientación de bonzos budistas. ¡Difícil tirocinio para un extranjero!

Como superior enfrentó grandes dificultades para mantener la comunidad, compuesta de 25 jesuitas, la mayoría jóvenes. Era tiempo de guerra. Faltaba, muchas veces, “el pan nuestro de cada día”. Del Estado recibía 330 gramos de arroz diarios por persona, y nada más. Cogían algunas legumbres de la huerta. El P. Arrupe, como Rector y Maestro de los Novicios, solía montar en la bicicleta y dar vueltas por la vecindad en busca de algún alimento, además del arroz. En bicicleta pedaleaba hasta la Universidad para frecuentar las clases de cultura japonesa. Y una vez más se infiltró en la vida del noviciado un espía militar, disfrazado de catecúmeno. El “fervoroso catecúmeno” fue rápidamente descubierto en su misión. Pero no pudieron echarlo a la calle, sin más. Era tiempo de guerra y de riguroso control por parte de la *Kenpei*. Otras veces, la “visita” de los policías era abierta e impertinente, desconfiando sobretodo de aquel extranjero tan capaz, que se entrometía en las “cosas de Japón”.

12. YO VIVÍ LA BOMBA ATÓMICA

El día 6 de agosto de 1945, a las 8 de la mañana, estalló la primera bomba atómica sobre Hiroshima. La ciudad, a 6 km de Nagatsuka, contaba entonces un poco más de 400.000 habitantes. El P. Arrupe fue testigo de esta tragedia humana. Escribió toda su experiencia en un libro intitulado *Yo Viví la Bomba Atómica*. No es aquí el lugar ni el momento para describir lo que Pedro Arrupe y sus compañeros jesuitas vieron, oyeron y tocaron en Hiroshima. Todos conocemos la violencia de la explosión y sus terribles consecuencias.

Asombrado e impotente ante lo que sus ojos veían, el P. Arrupe fue a arrodillarse delante del Santísimo Sacramento en la capilla del Noviciado. La oración fue corta y decisiva. *¡Cómo se siente a Dios en el fragor de la tormenta!* Pero la luz del *Sí* fue inmediata. Salió de la capilla con la decisión tomada: ***Haremos de la casa del Noviciado un hospital.*** ¡Eran 200.000 víctimas! ¿Por dónde comenzar? Reunió a todos los jesuitas de la casa y ordenó: ***¡Vayan a donde Dios los gué y traigan comida: todo lo que encuentren y reciban!*** (op. cit. p. 176). Él, personalmente, fue recogiendo los heridos y les limpiaba las heridas. Y el número crecía asustadoramente, sobretodo después de algunas horas, a causa de la radiactividad. ¿Dónde buscar recursos medicinales? Las heridas supuraban

rápidamente y muchos, aparentemente saludables, de repente caían muertos a sus pies. Las curas se hacían sin anestésicos; no los tenía. La capilla del noviciado se transformó, en pocas horas, en enfermería y Pronto Socorro. A los lados yacían los heridos esperando por el auxilio del médico P. Arrupe. En medio de aquellos Cristos sufridos el P. Arrupe también celebraba la Eucaristía, su fuente de energías.

Un gesto inexplicable de la Providencia salvó muchas vidas. Apareció un señor con un saco que contenía 15 kilos de ácido bórico. Fue la medicina milagrosa que salvó cientos de vidas. Para entonces había 260 médicos en Hiroshima; 200 murieron en la explosión de la bomba atómica, y los 60 restantes en su mayoría estaban heridos. A causa de los rápidos efectos de la radiactividad corría el alerta: *No entren en la ciudad, porque allí hay un gas que mata* (op. 211). Pero esto no amedrentaba al P. Arrupe que quería dar la vida por los enfermos y agonizantes. Había más de 50.000 cadáveres que podrían desencadenar una epidemia. Pe. Arrupe providenció la cremación. Había más de 120.000 heridos. ***Ante eso un sacerdote no puede desaparecer para salvar su propia vida***, escribe el P. Arrupe. *Con el paso del tiempo, la bomba atómica se convirtió para el P. Arrupe en una explosión simbólica que lo despertó a una nueva época de su vida* (op.211).

13. EL DIÁLOGO CON LA CULTURA JAPONESA

El P. Arrupe continuaba su misión de formador de los futuros jesuitas. Aprendió mucho de los propios jóvenes candidatos, de su modo de actuar y de reaccionar, de sentir y de expresarse. Todo muy diferente de lo que aprendiera como buen vasco. No sólo en casa iba aprendiendo. Fue a buscar también fuera, sobretodo a través de diálogos frecuentes con los bonzos budistas. Eran sus maestros. Se dedicó con ahínco al estudio personal y silencioso. Programó encuentros con los bonzos y, en largas charlas, debatía con ellos las cuestiones de religión, sobretodo relacionando Budismo y Cristianismo. Se sometió a hacer ejercicios ascéticos y de concentración en el noviciado de los Zen budistas. Conseguía contactos con estudiantes universitarios. Éstos y otros fueron los caminos que el P. Arrupe, creativamente, iba recorriendo para hacerse un misionero y un formador, lo más apto posible, en el contexto japonés de la post-bomba atómica de 1945.

14. VICE-PROVINCIAL Y PROVINCIAL

El día 22 de marzo de 1954 Arrupe fue nombrado vice-provincial de Japón. La Misión Japonesa, que antes dependía directamente del Gobierno General de la Compañía de Jesús, en 1921 pasó a ser Misión Dependiente de la Provincia de Alemania Inferior.

Cuando el P. Arrupe asumió la animación de la Vice-Provincia Japonesa, casi nueve años después de la bomba atómica y el fin de la guerra del Pacífico, aún se hacían sentir fuertemente las consecuencias desastrosas del conflicto que dejó arrasado al pueblo japonés. La misión y los misioneros participaban de las privaciones generalizadas en todas las dimensiones. Urgía atraer fondos para la misión, sobretodo para el apostolado de la educación. Los colegios y la universidad Sofia constituían la mejor puerta de entrada para el acceso al pueblo y a la cultura japonesa.

El vice-provincial decidió establecer contactos con los países del occidente para conseguir recursos humanos y materiales. Existía la convicción en el mundo cristiano de

que estaba “sonando la hora de la conversión en masa” del pueblo japonés. Se creía que Japón había perdido su referencial religioso: el *Kamisama*, el Emperador, considerado de linaje divino. Arrupe, portador de una rica experiencia oriental y, mucho más, de un celo misionero a toda prueba, recorrió durante casi un año entero los países de España, Italia, Francia, Estados Unidos y varios de América Latina. Daba conferencias. Mostraba películas, como por ejemplo: *La Bomba Atómica sobre Hiroshima*. Compartía sus experiencias como médico improvisado junto a los heridos de la bomba. Destacaba la urgencia y la oportunidad apostólicas de aquel pueblo en busca de un nuevo rumbo en la posguerra.

En su viaje por el Occidente, Arrupe creó Centros de Ayuda para la Misión Japonesa en Chicago, Nueva York, La Habana, Santo Domingo, Cali, Medellín, Lima (cfr. op. 240). Pero no se olvidó de buscar, con el mismo ahínco, soporte espiritual en los Conventos de Contemplativos. Un testigo de Colombia anota algunos aspectos de la presencia del P. Arrupe en el país: *Idealista, totalmente convencido de su misión, sentía la responsabilidad del desafío que la historia le estaba lanzando, a él y a toda la Iglesia. Era un profeta, un apóstol, una mezcla feliz de Pablo, Francisco Xavier e Ignacio de Loyola. Tenía una fe inquebrantable. En ella se apoyaba. Ella lo impulsaba. De la fe obtenía las fuerzas para trabajar sin descanso. Su vida de oración me marcó de modo muy especial...* (op. cit. 241). El P. Arrupe creó, sin duda, un puente de ida y vuelta entre el Oriente y el Occidente. Abrió los ojos de los cristianos a la realidad de Japón e integró la Misión japonesa en la andadura de la Iglesia Universal. Arrupe creó y alimentó el proceso de diálogo cristiano entre el Oriente y el Occidente a través de otros viajes: en 1949/1950, en 1954, en 1957 y en 1961.

En 1956 se abrió la Facultad de Teología en la Universidad Sofía, en Tokio, con la presencia del enviado de Roma, P. Paolo Dezza. En 1958 el Japón se constituyó en Provincia jesuítica y el P. Pedro Arrupe fue nombrado su primer Provincial. En el gobierno Arrupe privilegiaba los contactos personales con cada jesuita, sin distinciones. Abría horizontes y confiaba en la responsabilidad adulta de cada uno. Sabía unir su capacidad intuitiva y creativa ante las situaciones concretas y el “detalle” de cada individuo en su realidad personal. *Era animoso en proyectar, pero al mismo tiempo paciente y hasta minucioso en el trato con las personas. Animaba mucho a los misioneros a que amaran al pueblo japonés y anhelaran darle a conocer a Cristo*, así escribe el P. Robert Rush. *Creía mucho en las personas*, atestigua el P. Angel Setuain. Nunca perdía su buen humor y su sonrisa. *Aun siendo muy austero consigo mismo, era amable con los otros. Y nunca hablaba de alguien a sus espaldas. Era humilde, espiritual y sabía exigir. Confiaba además en la bondad de las personas. Sincero y muy sencillo* (P. Klaus N. Luhmer, cit. Lamet p. 246).

Como provincial mandó construir el Monumento de los Mártires de Nagasaki, martirizados el 5 de febrero de 1597. Aprovechó la oportunidad para enviar a los jesuitas misioneros de Japón una carta circular, convidando a todos a una profunda renovación espiritual y misionera. Acentúa la autenticidad y la coherencia de vida. ***¡He aquí el problema fundamental de nuestra tarea evangelizadora! ¿Nuestro testimonio es realmente el testimonio de nuestras vidas? Pensémoslo en oración. De la respuesta depende la veracidad y la eficacia de nuestros esfuerzos apostólicos. ¿Qué adelantaría disponer de obras “aparentemente excelentes”, y realizarlas con disposiciones***

mediocres? Hay tanto peligro de “intoxicación” en este siglo de apariencias y de propaganda (cit. Lamet p. 250).

15. GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

El día 5 de octubre de 1964 moría en Roma el P. Juan Bautista Janssens, Superior General de la Compañía de Jesús. El día 22 de mayo de 1965, el P. Pedro Arrupe fue elegido, por la 31ª Congregación General, 28º Superior General de la Compañía de Jesús. La elección tuvo lugar durante el Concilio Ecuménico Vaticano II, solemnemente abierto el día 11 de octubre de 1962 por el Papa Juan XXIII, hoy beato. La última sesión del Concilio tuvo lugar el día 8 de diciembre de 1965, bajo la presidencia del Papa Paulo VI.

El gigantesco salto geográfico de Tokio a Roma fue para Arrupe un trasplante cualitativo de su vocación misionera japonesa a un servicio de alcance impredecible en la Compañía, en la Iglesia y en el mundo después del Vaticano II. Pero se pudiera decir que la Providencia Divina venía preparando, desde hacía muchos años y a través de profundas experiencias espirituales y apostólicas, al General de la Compañía de Jesús.

El P. Arrupe confiesa que, con grandes preocupaciones, se había preparado para participar, como Provincial de Japón, de la 31ª Congregación General. ¿Cuál debe ser la presencia evangelizadora de la Compañía de Jesús en el mundo de hoy? Nuevos desafíos estaban siendo lanzados por el Concilio Ecuménico. La Iglesia y el mundo estaban exigiendo profundos y radicales cambios. Como es costumbre, el Papa Paulo VI recibió a los Electores al inicio de la Congregación General y les dirigió una palabra de exhortación: *Habéis venido a Roma y os habéis reunido para elegir al sucesor del Prepósito General, P. Juan Bautista Janssens. Encargo difícil el vuestro y de enorme importancia, porque de la elección que hagáis dependen la prosperidad, el bien, la conservación y el progreso de vuestro Instituto. Por eso, con sano criterio, con ponderación, tranquilidad y prudencia, considerad todo cuanto pueda contribuir a ese feliz resultado. Pero, sobre todo, pedid con fervor y sinceridad al Espíritu Santo que os ilumine y oriente, para que vuestra elección coincida plenamente con la voluntad de Dios: ¡Muéstranos, Señor, a quién escogiste!* (At 1,24) (CG 31a p. 9 s)

Elegido y dirigiéndose al centro de la sala de la Congregación para recibir la misión de General, el P. Arrupe, al modo típico suyo, abrió los brazos y preguntó: **¿Y ahora qué hago?** *Los miembros de la Congregación General querían elegir un hombre del momento: que reuniese, al mismo tiempo, espíritu ignaciano, conocimiento del Instituto, experiencia de la Compañía, personalidad de líder y una destacada sensibilidad actual, un hombre respetado y de gran aceptación, revestido de innegable aura profética* (op. cit. 266).

Los medios de comunicación del mundo entero inmediatamente divulgaron la noticia de la elección del P. Arrupe, estudiante de medicina en Madrid, vasco universal, testigo de Hiroshima, peregrino por el mundo. El diario The New York Times decía: *Arrupe es considerado un liberal y se puede compararlo con el fallecido Papa Juan XXIII. Le Figaro de París: Es al mismo tiempo muy abierto y fiel a las tradiciones espirituales. Un enfermo divulgó su alegría: Estando enfermo, recibí las dos mayores alegrías de mi vida: una, haber sido visitado por el P. Arrupe en un momento crítico de mi vida; la otra, su elección para General de la Compañía de Jesús* (Lamet P. 268).

Personalmente Arrupe se veía con profundo sentimiento de pequeñez ante la Compañía de Jesús, que, para ese momento, contaba casi 36.000 miembros. Entre ellos había jesuitas eminentes en los campos de la Filosofía y Teología, como Karl Rahner, Jean Danielou, Josef Jungmann; otros en el diálogo con las ciencias exactas, como Teilhard de Chardin; otros lideraban el Ecumenismo naciente, como el Cardenal Agustín Bea; otros todavía tenían fuerte presencia en la vida interna de la Iglesia, como Sebastian Tromp, Henri de Lubac; finalmente es necesario recordar los grandes especialistas en el área de las ciencias sociales, como Gustav Gundlach, Oswald von Nell-Breuning, que presentaban el desarrollo económico como solidaridad cristiana. En esa época un tercio de los jesuitas, en torno a 11.000, ejercían el ministerio de la educación en 4.670 centros educacionales; 20% de los jesuitas eran misioneros *ad gentes*, esto es, fuera de su país de origen; innumerables publicaciones, radios, cátedras en universidades civiles, actividades artísticas, inserción en el proletariado, eran otras tantas actividades pastorales ejercidas por jesuitas en el mundo entero (cfr. Lamet p. 269). Ésta era la Compañía de Jesús que el nuevo General contemplaba dispersa delante de sí, esperando animación y orientación para ser fiel a su misión en la Iglesia del post-Vaticano II, en la segunda mitad del siglo 20.

Como General, el P. Arrupe seguía básicamente los criterios apostólicos que S. Ignacio consignó en la Parte VII de las Constituciones. Entre ellos basta recordar el siguiente: “Cuanto más universal, tanto más divino.”

En medio de tantas responsabilidades Arrupe se levantaba temprano y pasaba dos horas en oración delante de Cristo en el sagrario. A las 6 am celebraba la Misa en la capilla particular del General. Pedro Arrupe describe así la capilla en un cuaderno de anotaciones íntimas: *Una mini-catedral: ¡seis por cuatro metros! Quien la hizo ¿sabría que ese lugar estrecho iba a ser la fuente de incalculable fuerza y dinamismo para todo la Compañía, lugar de inspiración, de consuelo, de fortaleza o, simplemente, de estar? ¿Que iba a ser el lugar del ocio más activo, del descanso más fructífero, dónde todo se haría no haciendo nada. Como la desocupada Maria, que bebe las palabras del Maestro, mucho más activa que Marta, su hermana? ¿Donde se cruza la mirada del Maestro con la mía, donde tanto se aprende en silencio? Dicen que es la capilla particular del General. Es cátedra y santuario, Tabor y Getsemaní, Belén y Gólgota, Manresa y la Storta. Siempre la misma y siempre distinta. ¡Ah, si sus paredes pudiesen hablar! Cuatro paredes que encierran un altar, un sagrario, un crucifijo, un icono Mariano, un “zabuton” (almohada) y un cuadro japonés, una lamparilla. No se necesita nada más. Esto es todo: una víctima, una mesa sacrificial, un crucifijo, una madre, una llama ardiente que lentamente se consume, alumbrando y calentando, y el amor, escrito en dos letras japonesas: Dios Amor (cit. Lamet p.338 s). De esta forma y con muchas otras palabras, el General Arrupe iba expresando su secreto fontal de vida y de dinamismo para sí y su misión. Más que nadie el P. Arrupe anhelaba y quería que todos los jesuitas del mundo entero alimentasen su vida y misión en la mesa de la Eucaristía.*

Desde esa fuente Arrupe se lanzaba, de forma incansable, a las actividades propias de quien gobierna y anima una multitud tan diversificada como es la Compañía de Jesús. Decía que tendría toda la eternidad para descansar. A partir de su fuente de fe y de comunión con el Cristo de la Eucaristía, Pedro Arrupe creaba y aceptaba una vasta red de contactos con las más diversas personalidades e instituciones: los medios de comunicación en general, la prensa, la televisión, la radio, las entrevistas. *Era inteligente, rápido en las*

declaraciones y con una clara visión sobre el futuro (Lamet p. 276). Gobernaba, animaba y orientaba, no sólo desde Roma, sino también a través de numerosos viajes por todos los continentes. Como General estuvo dos veces en Venezuela (1968 y 1976).

El P. Arrupe era inmovible en su fe y misión cristiana ante el mundo ateo. Más aún; era también optimista: ***Fe en el hombre, en todo hombre, creyente o no; actitud de diálogo, necesidad de amor y, como consecuencia, compromiso con la justicia y la paz. Sí, tengo plena confianza en la semilla que Dios plantó en el ser humano*** (op. cit. 277).

Arrupe era muy conocido y estimado en toda la Iglesia por su participación activa en todos los grandes encuentros o asambleas de su tiempo... Era conocido igualmente por sus intervenciones de todo tipo, abordando temas como: las perspectivas de la Iglesia, la situación religiosa del hombre actual, la vida de los religiosos, la justicia y el hambre, la espiritualidad... Fue él quien introdujo en la vida y en la consideración de la Iglesia el tema de la "inculturación" (Jean-Yves Calvez sj, Diakonia, Julio Septiembre 2001, p.67).

Durante el Concilio Ecuménico Vaticano II Arrupe mantuvo muchos y diversos contactos con obispos y cardenales. A partir del Concilio conoció y cultivó una fecunda amistad con el Hermano Roger Schutz de Taizé. Tuvo tres intervenciones en el aula conciliar: sobre la Iglesia y el mundo moderno, sobre el ateísmo, y sobre las actividades misioneras.

Al día siguiente de la clausura del Concilio Arrupe escribió a todos los provinciales de la Compañía de Jesús, ordenando hiciesen un estudio sociológico y pastoral (*survey*) de las actividades, para discernir una estrategia apostólica de acuerdo al espíritu y las orientaciones del Vaticano II.

16. CONTRADICCIÓN Y CRUZ

El Concilio Ecuménico inauguró una nueva época en la vida de la Iglesia. Abrió horizontes. Lanzó una vigorosa invitación, sobretodo en la voz del Papa Juan XXIII, para un urgente *aggiornamento*. También la Vida Consagrada sintió la urgencia de hacer una profunda evaluación y renovación espiritual y misionera, teniendo presente como referencias básicas el Evangelio, la experiencia fundacional y la realidad actual. El P. Arrupe ejerció un significativo liderazgo en el camino indicado por el Concilio para la renovación de la Vida Consagrada, que *no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pero forma parte, de modo inexorable, de su vida y santidad* (Lumen Gentium 44). Para la aplicación del decreto conciliar Perfectae Caritatis para la actualización de la Vida Religiosa, el P. Arrupe aportó muchos escritos, conferencias y orientaciones, sobretodo dentro de las tres referencias indicadas. La vuelta al Jesucristo de los Evangelios era su tema predilecto, como formador, misionero y Superior de la Compañía de Jesús. La vuelta a la experiencia fundacional y a las fuentes de la Compañía recibió, ya en Japón, su permanente atención. Publicó un largo comentario sobre los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio de Loyola, que sistematiza la experiencia espiritual de Ignacio y debe ser la fuente cotidiana de renovación de cada jesuita. El General Arrupe amplió insistentemente la aplicación de las Reglas del Discernimiento Espiritual más allá de la aplicación individual, como valioso instrumento en la fraterna convivencia comunitaria y en la selección de ministerios.

Finalmente el General Arrupe era, como religioso y misionero, un hombre del siglo veinte, cultivando y recomendando un intenso y auténtico diálogo con el mundo secular. Arrupe conquistó la confianza de muchas Órdenes y Congregaciones religiosas, tanto así que fue Presidente de la Unión de los Superiores Generales de Roma desde 1965 hasta 1983.

No sólo la Compañía de Jesús se benefició de ese liderazgo en el campo de la actualización de la Vida Religiosa, sino que muchas instituciones y Congregaciones buscaban inspirarse en las reflexiones del P. Arrupe para realizar su propia renovación espiritual y apostólica. El Papa Pablo VI, en su mensaje con ocasión de la clausura de la 32ª Congregación General (7 de marzo de 1975), consciente de la influencia del P. Arrupe y de toda la Compañía de Jesús, exhorta a los congregados: *Exhortamos, pues, a todos los hijos de la Compañía de Ignacio a que continúen con renovado esfuerzo sus iniciativas y obras, alegremente emprendidas para el servicio de la Iglesia. Sepan que tienen en sí puestos los ojos de los hombres de hoy, no sólo de la Compañía, ¡sino también de otras Familias Religiosas y hasta de la Iglesia entera! ¡Que no quede frustrada tamaña esperanza! Id, pues, avanzad en el nombre del Señor!* (nº 5).

Pero, como es natural, no hay vida nueva ni se cogen frutos nuevos sin que la semilla pase por la muerte, por la contradicción, por la cruz. Esto les ocurre a todos los profetas de Jesucristo y del Reino. Al lado de mucho apoyo y colaboración, el P. Arrupe sufrió críticas, incomprensiones, dentro y fuera de la Compañía de Jesús, dentro y fuera de la Iglesia. Las Brigadas Rojas de Italia habían colocado el nombre de Arrupe entre los primeros de una lista de personas que debían ser eliminadas del escenario del mundo. Durante meses la policía italiana acompañaba al P. Arrupe en sus salidas por Roma y por Italia.

Para dar fuerza de directrices y de ley al *aggiornamento* en la Compañía de Jesús, Arrupe dispuso y convocó la 32ª Congregación General el día 8 de septiembre de 1973: ***La principal razón de esta carta de convocación es la necesidad de buscar, definir y concretar eficazmente el tipo de servicio que la Compañía debe prestar a la Iglesia en este período de rápidos cambios en el mundo, y así responder al desafío que el mismo mundo nos lanza.*** Al lado de sinceras búsquedas, de calurosos debates y animosas decisiones, la Congregación General promulgó el decreto 4, precisando la misión de la Compañía de Jesús para el momento actual: *La misión de la Compañía de Jesús, hoy es el servicio de la fe, del cual la promoción de la justicia constituye una exigencia absoluta* (CG 32, d. 4, nº 2). Es un nuevo desafío que el General enfrentó con coraje, recibiendo mucho apoyo, al igual que resistencias, dentro y fuera de la Compañía. Después de largas y contrastantes discusiones, el decreto fue votado y aprobado por los Electores de la Congregación General. El P. Arrupe, que presidía la sesión plenaria, miró fijamente a los 236 jesuitas allí congregados y les habló pausadamente: ***¿Estamos bien conscientes de lo que acabamos de votar y aprobar? Desde ahora la prioridad de las prioridades de nuestra misión es el servicio de la fe y la promoción de la justicia. A causa de esta decisión vamos a tener nuevos mártires en la Compañía de Jesús.*** El silencio que se siguió “habló en voz alta”, como gesto de avenimiento y de coraje. De hecho, desde 1975 hasta el presente, son más de 40 los Jesuitas que, en varias partes del mundo, han sido violentamente eliminados, a causa de su empeño evangelizador en favor de la fe y de la justicia.

Incansablemente el P. Arrupe buscó implantar la CG 32, según las características de su personalidad: auténtica, decidida y, sin embargo, siempre sonriente. El pintor José María Falgas quiso dibujar en lienzo el perfil del P. Pedro Arrupe con su característica más significativa, a saber “el rostro de la autenticidad”. Adolf Meister SJ pintó el rostro del P. Arrupe destacando la alegría. Juan Lorente describe largamente la figura del P. Arrupe: *Como una montaña cubierta de nieve, tu frente se ilumina. Sobre los vientos y las tormentas, encima de todos los abismos y sombras, emerge la cumbre imperturbable, incorruptible de tu luz. Si en ti hay algo de roca es porque comunicas seguridad. La montaña no se asusta delante del abismo. Tienes la grandeza de quien no se deja hundir. Hoy te contemplé y comencé a comprenderte, misionero de todos los porvenires, mensajero de la esperanza, águila, protagonista de todo, menos de ti mismo* (cit. Lamet p. 361). El P. Arrupe era optimista, lleno de sabiduría y de fortaleza, porque creía que la humanidad está en las manos de Dios.

17. ¿QUIÉN ES JESUCRISTO PARA ARRUPE?

Para mí es todo, contestó el P. Arrupe, con su acostumbrado entusiasmo, al periodista de la RAI que lo entrevistaba. *No sabría describir el rostro de Dios; ni lo imagino como un rostro. Pero es alguien que llena totalmente mi vida y que se muestra en la fisonomía de Jesucristo. En Jesucristo, oculto en la Eucaristía y, después, en mis hermanos, en los hombres, que son imagen de Dios. Creo que, para mí, esto resume todo. ¿Quién es Dios para usted? La respuesta es muy simple: Todo. Jesucristo fue mi ideal desde que ingresé en la Compañía. Fue y continúa siendo mi camino. Fue y es siempre mi fuerza. Creo que no es necesario explicar mucho lo que esto significa: quitad a Jesucristo de mi vida y todo caerá por tierra, como un cuerpo al que se quita el esqueleto, el corazón y la cabeza* (Lamet p. 364).

A partir de y por causa de Jesucristo, Arrupe era un trabajador incansable. No se dejaba llevar por el nerviosismo ni por la precipitación. Siempre conservó su creatividad comunicativa, optimista y sonriente. El día 15 de enero de 1977, celebrando el jubileo de oro de su entrada en el Noviciado de la Compañía de Jesús, dijo en la homilía de la concelebración, en la iglesia del Gesù: *En todas las historias personales hay algo indecible, un secreto personal. Es la parte más importante, la más íntima, más profunda y más personal: es la estrecha relación entre Dios, que es Amor y que ama a cada uno de modo diverso, y la persona, que, en el fondo de su esencia, da una respuesta que es única, pues otra idéntica no habrá en toda el historia* (Ignatiana 3, p. 5).

En este mismo día jubilar el P. Arrupe recordó muchos acontecimientos inesperados de su vida. Todos llevan la marca de la Providencia de Dios. Para ilustrar sus experiencias y para saber leer en ellas la presencia de la mano divina, se refiere a la experiencia de Abraham, de Pablo y de Francisco Xavier. La Providencia entró en la vida de ellos y les condujo por admirables y nuevos caminos, para realizar en ellos su plan. En la misma homilía confiesa los tres grandes amores de su vida: la Compañía de Jesús, la Iglesia y Jesucristo, como fundamento y centro de toda la vida.

18. CONCLUYENDO SU MISIÓN

Arrupe participó, como invitado especial, de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se reunió en Puebla, México, del 28 de enero al 13 de febrero de 1979. Fue una presencia significativa por las intervenciones y charlas de “pasillo”. El día 3 de noviembre del mismo año envió una carta a todos los Provinciales de América Latina, exhortándolos a asumir las Conclusiones de Puebla: *la evangelización de América Latina, en el presente y el futuro, para contribuir eficazmente a la misión fundamental de la Iglesia, que es evangelizar, aquí y ahora, con los ojos vueltos hacia el futuro* (Puebla 75).

Al final del año 1979 corrían por el mundo las noticias, venidas del Oriente, respecto de los *Boat People*, personas y familias viviendo en embarcaciones, sin saber dónde encontrar un puerto seguro de desembarco. El P. Arrupe escuchó las noticias e, impactado por la situación de miseria de aquella gente y por la gracia de Dios, descubrió allí una invitación de la Providencia. Haciendo una lectura misionera de la situación, aplicó el criterio ignaciano de la mayor urgencia, para asumir aquel nuevo frente apostólico. Fundó el Secretariado de los Refugiados. Convocó a los Jesuitas del mundo entero. En poco tiempo abundaron los recursos humanos y materiales, como medicinas, alimentos y ropas, para ir al encuentro, no sólo de los *Boat People*, sino también de millones de Refugiados en el mundo entero: Tailandia, Camboya, Indonesia, Filipinas, África y América Central.

En 1980 Arrupe participó en un encuentro de jesuitas insertos en el mundo obrero, dando apoyo, estímulo y orientaciones para este nuevo modo de evangelizar a través de la inserción, aculturación e inculturación. Ya el 14 de mayo de 1978 el P. Arrupe enviaría a toda la Compañía una carta y un Documento de Trabajo sobre la Inculturación. El día 8 de diciembre de 1980, a petición de los Provinciales de América Latina, envió a toda la Compañía una carta de orientación sobre el Análisis Marxista: *Así podremos trabajar mejor en la promoción de la justicia, que debe acompañar todo nuestro servicio de la fe* (Ignatiana, n° 8 y n° 17).

Preguntado por un periodista si era optimista en cuanto a la evangelización y a la propagación de la fe, Pedro Arrupe contestó: *Sí, soy optimista. Y digo por qué: porque Dios trabaja a largo plazo. Nuestro horizonte es muy pequeño* (Lamet p. 418).

19. EL SILENCIO

El P. Arrupe desembarcó en Filipinas el día 25 de julio de 1981. La agenda de la visita de 10 días estaba supercargada: predicó en 14 celebraciones oficiales, habló a 26 grupos diferentes, realizó 26 encuentros, recibió todo el apoyo del Cardenal Sin de Manila para la misión de los jesuitas en Filipinas. En la fiesta de S. Ignacio, el 31 de julio, se reunieron más de 200 jesuitas para acoger y apoyar al General. El día 5 de agosto levantó vuelo de Filipinas, entusiasmado como siempre. Hizo escala en Bangkok, Tailandia, para visitar y animar a sus hermanos jesuitas en su difícil y nueva misión junto a los refugiados. Dio la razón de su escala: *Voy a cumplir un deber mío para con la Compañía* (op. cit. 426). El día 6 de agosto se reunió con los jesuitas enviados para atender las poblaciones de refugiados en Tailandia, recogidos en inmensos campos. Son cientos de millares de vietnamitas, de laosianos, de camboyanos, sin país, sin norte, sin porvenir. Al final de la

reunión Arrupe les habló de corazón: *¡No perdáis el ánimo, por favor! Voy a deciros una cosa: ¡no la olvidéis! ¡Rezad! ¡Rezad mucho! Estos problemas no se resuelven a base de esfuerzos humanos. Estoy diciendo algo que quisiera resaltar. Se trata de un mensaje - tal vez mi “canto de cisne” - para la Compañía. Solemos rezar al inicio y al fin. Somos buenos cristianos. Pero si en nuestros encuentros dedicásemos medio día para rezar nuestras eventuales conclusiones o puntos de vista, alcanzaríamos tan diversas luces y síntesis como jamás podríamos encontrar ni en los libros ni en las discusiones* (op. cit. 426 s). Al hablar del “canto de cisne”, Arrupe ciertamente no se estaba refiriendo a su vida que estaría por llegar a su fin, sino a su misión como General de la Compañía. Hacía meses que estaba deliberando con los Asistentes y también en una audiencia particular con Juan Pablo II sobre la posibilidad de renunciar a los 75 años de edad, aplicándose a sí mismo lo que la Santa Sede establece para los Obispos en sus Diócesis.

En la noche del 6 de agosto de 1981 el P. Arrupe embarcó en el avión en Bangkok, de vuelta para Roma. A las 5,30 de la mañana siguiente el avión aterrizó en el aeropuerto internacional de Fiumicino, en Roma. Arrupe hizo mención de agarrar su maletín, pero la mano derecha no le respondía. Se montaron en el carro el P. Rush, su Asistente para el Extremo Oriente, el P. Louis Laurendeau, Secretario de la Compañía, y el Hermano Luis García, su chofer. En el carro el P. Arrupe empezó a hablar cosas inconexas. Rápidamente lo llevaron al hospital *Salvator Mundi*, en Roma. Diagnóstico: trombosis cerebral. Todo el lado derecho estaba ya paralizado. La trombosis le afectó también el habla. Al día siguiente recibió la unción de los enfermos. Comenzaban los 10 años de silencio. El P. Arrupe fue sometido a exámenes médicos y sesiones de fisioterapia. Apoyado en los brazos de Hermano Rafael Bandera, su enfermero, ensayaba algunos pasos. También intentó aprender a escribir con la mano izquierda.

El día 26 de junio de 1981 Arrupe había escrito en una carta personal: *Con el correr de los años es preciso cuidar más de la salud. Yo mismo pienso dedicar parte del mes de agosto para descansar un poco* (op. cit. 429).

El Papa solía visitar al General de la Compañía de Jesús el último día del año. Juan Pablo II siguió la costumbre y el día 31 de diciembre de 1981 fue a visitar al P. Arrupe, sentado, casi inmóvil, en una butaca en la Enfermería de la Curia de los jesuitas, pero todavía Superior General de la Compañía de Jesús. Arrupe recibió al Papa con palabras deletreadas y mal balbuceadas: *Santo Padre, renuevo mi obediencia y la de toda la Compañía de Jesús a vuestra Santidad*. Juan Pablo II contestó: *¡Padre General, ayúdeme con sus oraciones y plegarias!* Este diálogo entre Juan Pablo II y el P. Pedro Arrupe quedó registrado en una expresiva foto de primer plano. Y para nosotros habla más de lo que las simples y breves palabras (cfr. Lamet p. 435). Arrupe continuaba consciente de su misión como General. Por eso dictaba breves textos para la Compañía. Vale recordar algunas de las palabras dirigidas a los Provinciales en su encuentro con el Santo Padre, el día 27 de febrero de 1982: *Este momento es para mí de intensa experiencia espiritual, de paz, al poder dirigirme a vosotros en tan singular ocasión. Quiero haceros partícipes de mis sentimientos y de mis aspiraciones en esta hora de la historia de la Compañía. Primero quiero deciros lo grande que ha sido mi alegría durante los últimos meses, al ver que la Compañía respondió a las disposiciones del Santo Padre con el espíritu de plena y filial obediencia que es propio de todo jesuita.*

En el 17º aniversario de su elección como General, el P. Arrupe dictó una nota para ser leída en la celebración eucarística por el P. Pittau: *En el momento crepuscular de mi vida me siento más cerca del Señor, a quien he procurado servir. Abandono todas mis deficiencias a la infinita misericordia de su Corazón, seguro de su comprensión y amor. Durante las largas horas de mi forzada inactividad puedo considerar sosegadamente mi pasado y mi presente. De esta forma me esfuerzo en cooperar con la gracia divina en el proceso de purificación y conversión permanente, a la cual, tantas veces y con insistencia, invité a toda la Compañía* (Lamet p. 436 s).

En la enfermería de la Curia General de los jesuitas, en Roma, Pedro Arrupe pasaba sus días, semanas, meses y años, totalmente impedido de sus intensísimas actividades. No perderá nunca su sonrisa y su inquebrantable actitud de fe. Era recordado y visitado por jesuitas, periodistas, sacerdotes, religiosos, laicos de todo el mundo. En aquella inmovilidad el P. Arrupe continuaba siendo el “hombre universal” y el “hombre para los demás”. A veces los momentos de íntima unión con la Trinidad se alternaban - así lo dijo confidencialmente - con momentos de oscuridad interior y vacío. En esas ocasiones le venían a la memoria las experiencias y los escritos de S. Juan de la Cruz y de Sta. Teresa de Jesús, cuyas obras había traducido al japonés. En cierta ocasión le confió a un jesuita: *Es preciso sufrir y ofrecer el sufrimiento. Es la vida. Dios está más allá de todo. ¡Siempre, alegría en el Señor! Mi vida es estar en Dios. Tenemos que ver a Dios en todo. Yo no entiendo esto, pero debe ser de Dios, de su Providencia. Es algo muy especial. Para mí y para la Compañía. Debe ser de Dios. De vez en cuando siento una fuerza toda especial* (op. cit. 446).

20. EL ÚLTIMO ADIÓS

El día 2 de septiembre de 1983 se reunió la 33ª Congregación General para aceptar la renuncia del P. Pedro Arrupe y elegir al nuevo Superior General de la Compañía de Jesús. El Papa Juan Pablo II vino personalmente para presidir la celebración de la Eucaristía de apertura de los trabajos de la Congregación. Juan Pablo II se acercó tres veces al P. Arrupe, que participaba de la celebración sentado en una silla de ruedas. La primera vez para darle el abrazo de la paz. La segunda para darle la comunión. La tercera para un caluroso abrazo de despedida.

Después de la Eucaristía los Congregados rindieron un solemne homenaje al P. Arrupe como General de la Compañía de Jesús. El P. Ignacio Iglesias leyó la comunicación que el P. Arrupe le había dictado: *¡Queridos padres Congregados! Cómo me gustaría estar en mejores condiciones para encontrarme ahora con ustedes. Pueden ver que ni siquiera puedo hablarles directamente. Los Asistentes Generales saben todo lo que quiero decirles a todos ustedes. Me siento más que nunca en las manos de Dios. Esto es lo que he deseado toda mi vida, desde joven. Y esto es también lo único que sigo anhelando ahora. Puedo asegurarles que es una profunda experiencia el saberme y sentirme totalmente en sus manos. Pero es sobretodo a la Compañía, a cada uno de mis hermanos jesuitas que quiero hacer llegar mis agradecimientos. Sin su obediencia en la fe a este Superior General no se habrían conseguido nada. Mi mensaje hoy es que permanezcan a la disposición del Señor. Dios sea siempre el centro: ¡escuchémoslo, busquemos constantemente lo que podemos hacer para su mayor servicio, y hagámoslo*

del mejor modo posible, con amor, desprendidos de todo! ¡Tengamos todos un sentido muy personal de Dios! A cada uno en particular me gustaría decir “tantas cosas”.

A los jóvenes les digo: busquen la presencia de Dios, la propia santificación, que es la mejor preparación para el futuro. Entréguense a la voluntad de Dios, en su extraordinaria grandeza y simplicidad al mismo tiempo.

A los que están en la plenitud de su actividad les pido que no se desgasten, y pongan el centro del equilibrio de sus vidas no en el trabajo sino en Dios. ¡Estén atentos a tantas necesidades del mundo! ¡Piensen en los millones de hombres que desconocen a Dios o se portan como si no lo conociesen! Todos están llamados a conocer y servir a Dios. ¡Qué grande es nuestra misión de llevar a todos al conocimiento y al amor de Cristo!

A los de mi edad recomiendo apertura: aprender lo que se debe hacer ahora, y hacerlo bien.

También a los muy queridos Hermanos quisiera decirles tantas cosas, y con mucho afecto. Quiero recordar a toda la Compañía la gran importancia de los Hermanos. Ellos nos ayudan mucho a centrar nuestra vocación en Dios.

Estoy lleno de esperanza, viendo cómo la Compañía sirve a Cristo, único Señor, y a la Iglesia, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. Para que continúe así, y para que el Señor la bendiga con muchas y excelentes vocaciones de sacerdotes y de hermanos, ofrezco al Señor, en lo que me queda de vida, las oraciones y los sufrimientos de mi enfermedad. Personalmente lo único que deseo es repetir, desde el fondo del alma: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad. Todo mi haber y mi poseer, vos me los distes y a vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro: disponed de mí a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta. (Congregación General XXXIII p. 106-107).

En la sala de la Congregación General nunca se había oído una salva de aplausos como aquélla, cuando los 220 Congregados aplaudieron largamente al P. Arrupe al retirarse de la sala.

La renuncia del P. Pedro Arrupe como General de la Compañía de Jesús tuvo lugar en la *Storta*, a 40 km de Roma, junto a la capilla donde S. Ignacio oyó la voz de Dios: “Yo os seré propicio en Roma”. Al P. Arrupe le gustaba pasar allí horas, rezando. En la homilía, leída por el P. Castañeda, el P. Arrupe decía entre otras reflexiones: *La profunda experiencia de la amorosa protección de la Divina Providencia me dio fuerzas para aguantar el peso de mis responsabilidades y enfrentar los desafíos de nuestro tiempo. Es cierto que pasé por grandes y pequeñas dificultades; siempre, sin embargo, confortado con la ayuda de Dios, de ese Dios en cuyas manos, ahora más que nunca, me siento acogido, de ese Dios que se apoderó de mí. Pido al Señor que esta celebración, que es para mí un adiós y un final, sea para vosotros y para toda la Compañía aquí representada, el inicio de una nueva etapa de servicio con renovado entusiasmo.* (CG 33 p. 110).

El día 13 de septiembre de 1983 fue elegido el sucesor del P. Arrupe, el P. Peter-Hans Kolvenbach.

En el silencio de su enfermedad Arrupe recibió la visita de Teresa de Calcuta y del Hermano Roger Schutz, Prior de Taizé. Con lágrimas en los ojos acompañó la celebración eucarística de su Jubileo sacerdotal, el día 30 de julio de 1986. Ciertamente Arrupe iba

rezando cada día de su enfermedad las palabras que él mismo escribiera, cuando aún gozaba del vigor de la salud. ***En verdad esta muerte, de la cual se tiene tanto miedo, es para mí uno de los acontecimientos más esperados, un acontecimiento que da sentido a mi vida. Podemos considerar la muerte como el fin de la vida, o como el umbral de la eternidad. En cada uno de estos aspectos hallo consolación. ¿Es la muerte un salto en el vacío? Ciertamente no. Es lanzarse en los brazos del Señor*** (Lamet p. 458).

Después de casi 10 años de dolorosa inactividad, ofreciéndose física, psíquica y espiritualmente por la Compañía de Jesús, por la Iglesia y por toda la humanidad, el P. Pedro Arrupe falleció tranquilamente el día 5 de febrero de 1991. Hoy sus restos mortales reposan en la iglesia del Gesù, a los pies de sus grandes maestros: Jesús de la Eucaristía, S. Ignacio de Loyola y el brazo de S. Francisco Xavier.

CONCLUYENDO

Como hemos visto, Pedro Arrupe fue desde joven una personalidad decidida, inteligente y dinámica. Fue hombre, religioso jesuita y sacerdote, experto en las cosas de Dios y en las cosas de los hombres. Profeta y misionero incansable, recorrió el mundo como provincial de Japón, siendo “hombre-puente entre el Oriente y el Occidente”. Animoso y lúcido siervo del Evangelio, dejó huella en innumerables áreas de la ciencia y de la fe como General de la Compañía de Jesús, siendo benemérito organizador y animador de sus compañeros jesuitas en su misión evangelizadora en los cinco continentes del mundo.

La brillante inteligencia, la vasta experiencia al contacto con las más diversas culturas, la pasión por Jesucristo y su Reino hicieron del Padre Arrupe uno de los más significativos e influyentes liderazgos cristianos, religiosos y eclesiales en la segunda mitad del siglo veinte. No faltaron situaciones de contradicción y de cruz. Pero Arrupe nunca alteró sus actitudes externas, siempre reveladoras de un corazón fuerte y sabio como el Corazón de Jesús, cuya devoción cultivó durante toda su vida.

Los escritos del Padre Arrupe sobre los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio de Loyola y sobre la Vida Consagrada en la Iglesia y en el mundo de hoy, así como su ejemplo de una vida feliz, fascinaban a muchos religiosos y religiosas, laicos y laicas. Fue hombre de fe, de oración, de vida eucarística y de admirable fortaleza en la misión. Su último mensaje-exhortación a los jesuitas de Tailandia, antes de embarcar de vuelta a Roma, donde al bajar del avión sufrió la trombosis cerebral, es como la síntesis de su vida: “¡Rezad siempre! ¡Rezad mucho!” Su dinamismo tenía la cualidad de la Esperanza cristiana.

Considerado por muchos como “Hombre de Utopías”, Arrupe era un apasionado por Dios Trino y por la humanidad, testigo y profeta en todo lugar y en todo momento. Escribiendo o hablando a sus hermanos jesuitas, una de sus expresiones preferidas era: “¡Hombres para los demás!” En su ser más íntimo Pedro Arrupe siempre anheló y vivió durante toda su vida la profunda experiencia de estar en las manos de Dios. Él lo afirma claramente, sonriente y sentado en la silla de ruedas, víctima de la trombosis cerebral: “Más que nunca me siento en las manos de Dios. Es lo que he deseado desde joven... Ahora soy anciano y prisionero de Jesucristo”.

ÍNDICE

Caminar con Ignacio	2
Caminar con Arrupe	4
1. La familia	5
2. Los estudios	5
3. La vocación	6
4. La formación en la Compañía de Jesús	7
5. En Estados Unidos	8
6. Las motivaciones de la vocación	9
7. El viaje a Japón	9
8. Aprendiendo Japonés	10
9. Yamaguchi	11
10. Preso como espía	12
11. Maestro de Novicios	13
12. Yo viví la bomba atómica	13
13. El diálogo con la cultura japonesa	14
14. Vice-provincial y Provincial	14
15. General de la Compañía de Jesús	16
16. Contradicción y cruz	18
17. ¿Quién es Jesucristo para Arrupe?	20
18. Concluyendo su misión	21
19. El silencio	21
20. El último adiós	23
Concluyendo	25

Para conocer más al Padre Arrupe...

MEMORIAS DEL PADRE ARRUPE. Este Japón increíble
Pedro Arrupe

YO VIVÍ LA BOMBA ATÓMICA
Pedro Arrupe

ORAR CON EL PADRE ARRUPE
José Antonio García, S.J. (ed.)

PEDRO ARRUPE. General de la Compañía de Jesús
Nuevas aportaciones a su biografía
Gianni La Bella (ed.)

¡AQUÍ ME TIENES, SEÑOR!
Apuntes de sus Ejercicios Espirituales (1965)
Introducción, transcripción y notas de Ignacio Iglesias, S.J.

PEDRO ARRUPE. Memoria siempre viva
Norberto Alcover, S.J.

EL PADRE ARRUPE. Profeta en la Iglesia del Concilio
Jean-Yves Calvez, S.J.

ARRUPE (comic)
Miguel Berzosa Martínez

EDICIONES MENSAJERO, S.A.U.
Sancho de Azpeitia, 2 – Bajo – 48014 Bilbao
Tfno. 94 447 03 58 – Fax: 94 447 26 30
E-mail: mensajero@mensajero.com – Web: www.mensajero.com

ARRUPE. Un profeta para el siglo XXI.
Pedro Miguel Lamet

EDICIONES TEMAS DE HOY
Paseo de Recoletos, 4 – 28001 Madrid
Tfno. 91 423 03 18 - Fax: 91 423 03 09
Web: www.temasdehoy.es